



COLUMNA INVITADA

# Tenemos que hablar del Poder Legislativo

Estos ejemplos, de los que podríamos citar varios más, ilustran cómo las bancadas del oficialismo votan sin entender, e incluso sin haber leído



En septiembre de 2024, los legisladores oficialistas aprobaron su reforma judicial con contradicciones en la **Constitución**, que sólo descubrieron y remediaron un mes más tarde. Esa misma madrugada, el **congreso de Oaxaca** ratificó por unanimidad dicha iniciativa en sólo 6 minutos. Más recientemente, junto con el dictamen para eliminar los órganos autónomos, el bloque oficialista también canceló, por error, varias reformas impulsadas por **López Obrador**.

Estos ejemplos, de los que podríamos citar varios más, ilustran cómo las bancadas del oficialismo votan sin entender, e incluso sin haber leído, modificaciones profundas que afectarán a millones de personas. A esta incompetencia técnica e irresponsabilidad ética se suma el sometimiento político. La periodista **Leticia Robles** ha documentado que, durante este primer año de la actual Legislatura (LXVI), el 100% de las reformas constitucionales aprobadas, y el 96% de las modificaciones legales, han sido remitidas por la presidencia. Y como el oficialismo es mayoritario, en los hechos el **Congreso Federal** ha renunciado a su independencia constitucional, a tener voz propia, para convertirse en simple oficialía de partes.

Durante la llamada transición democrática, y particularmente tras la elección de 1997 (cuando el PRI perdió la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados) se registraron avances paulatinos. El Poder Legislativo fue cobrando independencia frente al Ejecutivo, empezó a ejercer su mandato constitucional como auditor, contrapeso y revisor;



asimismo, comenzó a tener agendas más autónomas, muchas veces distintas e incluso disidentes a las oficiales. Alcanzó también una importante profesionalización en varios legisladores, así como en sus equipos técnicos y desarrolló una burocracia interna que logró una alta especialización y eficiencia.

Incluso en la vieja hegemonía priista, aunque el oficialismo de entonces también aprobaba sin resistencia las iniciativas de la presidencia, los Congresos cumplían ciertas funciones importantes. Por ejemplo, eran parte de la formación de la clase política, cuyo paso por el legislativo suponía un aprendizaje valioso sobre el entramado legal del Estado o la operación de los presupuestos. Era además un espacio de entrenamiento para debatir y negociar con sectores tan diversos como sindicatos o empresarios. Esto no siempre generaba funcionarios más democráticos, pero al menos sí mucho más preparados que los **improvisados de hoy.**

Los legisladores oficialistas actuales no intentan siquiera legitimar las imposiciones del Ejecutivo dotando de sustancia o razones la defensa de sus iniciativas, ni los Congresos fomentan su profesionalización, indispensable para crear futuros alcaldes, gobernadores y en general funcionarios medianamente competentes. De hecho, probablemente los Congresos actuales –el federal y muchos locales– sean los menos solventes técnicamente, los más frívolos y definitivamente los más sometidos que el país ha tenido en las últimas tres décadas.

Por su parte, las bancadas opositoras están fragmentadas, dialogan y coordinan cada vez menos sus estrategias. Algunos de sus integrantes tampoco saben qué se debatirá en comisiones o votará en el pleno, de forma que no pueden ofrecer una crítica jurídica que lograra al menos un ajuste mínimo a los excesos oficialistas; de hecho, muchos ni siquiera usan la tribuna. Otros se limitan a proponer ocurrencias, como el PRI de Alejandro Moreno, cuya agenda es prometer que todo sea gratis y ver si siendo más irresponsable que el oficialismo logra alguna simpatía (no la logra). Hay excepciones notables –Anaya, Téllez, Colosio, etc.–, pero no suficientes.

Finalmente, la mayoría de los ciudadanos no sabe quiénes son sus diputados o senadores, ni cuáles son sus funciones, al tiempo que los Congresos son las instituciones públicas que más desconfianza inspiran, sólo por encima de los partidos (INEGI, ENCOAP 2023).

Mucha gente piensa que los legisladores son gestores para que pavimenten su calle y cosas por el estilo, que no están en sus facultades, pero que sirven para legitimarse superficialmente, y no tener que rendir cuentas sobre sus obligaciones reales. Es pues imposible que tengan incentivos para hacer bien su trabajo si la gente no sabe cuál es ese trabajo, ni presiona en dicho sentido.



Como diputado independiente en el Congreso de la Ciudad de México, pude ver de primera mano esta descomposición creciente del Legislativo en diversos frentes. Aunque la coyuntura lleve entendiblemente la atención a otros asuntos, es indispensable no dejar de hablar de los Congresos, porque es ahí donde se está consagrando la deriva autoritaria, desde la captura judicial hasta las leyes recientes que buscan acotar nuestras libertades. Y es ahí, en buena medida, desde donde podrían surgir y forjarse liderazgos de cara al futuro.

POR GUILLERMO LERDO DE TEJADA

COLABORADOR